LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Num. 20.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

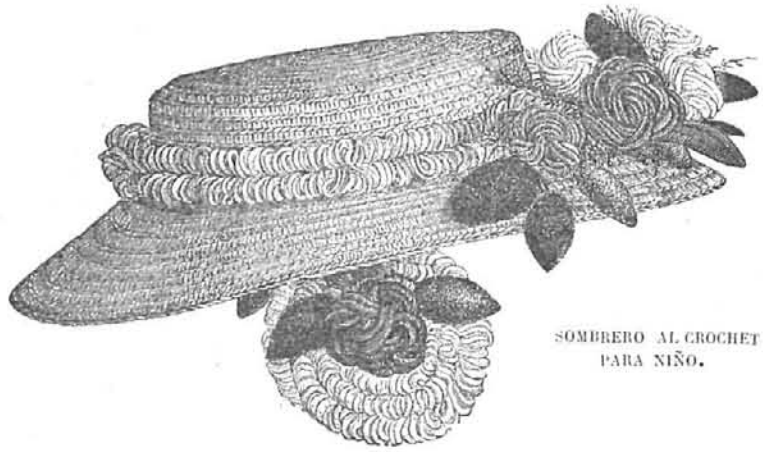
PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Sombrero al crochet para niño.—Orla de terciopelo ó esterilla.—Canastillo al crochet.—Abanecador passe-portout.—Costumbres parisienses. — Pensamiento de verano. — Costumbres de Cochinchina. — Explicacion del grabado de modas. — Creo en Dios.—Leyenda fantástica.—Teatro del Circo.—Problemas de ajedrez. — Explicacion del figurin iluminado.—Logogrifo.

Sombrero al crochet para niño.

MATERIALES.—48 gramos de lana céfiro blanca, ó bien 72 gramos de hilo crudo; 16 gramos de lana céfiro rosa; 16 gramos de la misma lana verde de diferentes puntos de color; alambre.

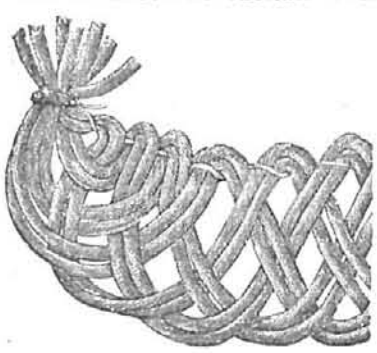


SOMBRERO AL CROCHET PARA NIÑO.

Este sombrero se hace al crochet, con puntos apretados, sobre junco fino; se forma de lana blanca para el invierno y de hilo crudo para el verano. Las flores que lo adornan son de lana.—La labor se trabaja en espiral, comenzando por el medio del fondo; se principia por una cadeneta de tres puntos, se une el último al primero, y se hacen dos puntos en cada punto.

Se toma el junco, sobre el que en adelante se ha de labrar, y se crece de modo que el fondo se mantenga siempre completamente plano.

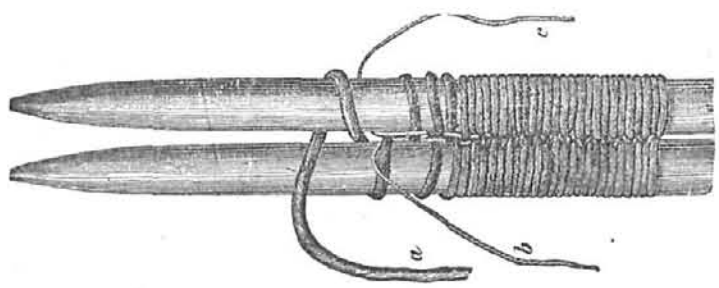
Así se hacen 13 vueltas. Cuando la última de ellas se ha concluido, el fondo tiene 14 centímetros de diámetro: esta vuelta 13 ha de tener 164 puntos.



TRENCILLA PARA FORMAR LA ROSA.

Las 9 vueltas siguientes (que forman la copa propiamente dicha) se hacen sin crecido.

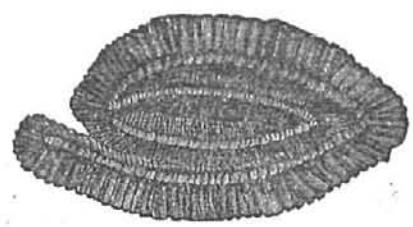
Antes de empezar la vuelta 23 (ala) se hacen algunos puntos en los lados opuestos del sombrero, para darle una buena forma; se deja la lana y el junco al fin de la vuelta 22, sin cortarlos; se dividen los 164 puntos de esta vuelta en cuatro partes iguales, cada una de 41 puntos, se marcan con alfileres estas divisiones, y sobre dos de estas partes se hacen dos vueltas de 41 puntos con lana (ó el hilo) y el junco; ya se comprende que estas vueltas deben ir separadas por cada lado por 41 puntos sobre los cuales no se trabaja. Cuando se han ejecutado en cada uno de estos dos lados las dos vueltas mencionadas, se aseguran y se cortan la lana y y el junco, y se vuelve á comenzar la labor desde el fin de la vuelta 22; se hacen 10 vueltas todo al rededor del sombrero, creciendo mas ó menos segun lo exija la forma comba del ala.



EJECUCION DE LA FRANJA DOBLE.

La guarnicion rizada que rodea la copa es un fleco doble, que no se corta, y que se hace sobre dos moldes (véase el dibujo); su ejecucion es muy fácil siempre que trabajen en ella dos personas á la vez. Se atan á la lana dos cabos largos de algodon grueso, se toman con la mano izquierda los dos moldes de igual diámetro, entre los cuales se coloca el nudo que une los dos cabos de algodon con la lana: despues se envuelve la hebra de lana *a* (véase el dibujo) al rededor de uno de los moldes, luego al *rededor del otro, mientras que la segunda* persona cruza cada vez entre los dos moldes los dos hebras de algodon *b* y *c*. Estas últimas hebras no deben abandonarse nunca, y han de tenerse siempre con la misma mano: ellas forman entre los dos moldes una especie de costura cubierta con el fleco cuando los moldes se han quitado. El fleco se hace con lana puesta doble.

Las flores son rosas blancas y rosas encarnadas de distintos puntos de este color. Están formadas con una especie de trenza de cuatro cabos, cada uno de los cuales se compone de dos ó tres hebras de lana; se *frunce esta trenza por un lado, pasando por* ella un alambre, y se la dispone en espiral, arrollándola sobre sí misma y principiando por el nudo que une todos los cabos; esta trenza, así arrollada se cose, y por su medio se pasa un tallo de alambre, rodeado de lana verde, y guarnecido con una bolita de algodon, igualmente cubierta de lana verde. Para las rosas mayores, cada hebra de la trenza tiene 30 centímetros de largo, cada cabo se compone de tres hebras,—las rosas medio abiertas se hacen con hebras de 20 centímetros, y cada cabo de la trenza tiene dos hebras,—para los capullos, los cabos son tambien de dos hebras y tiene 10 centímetros de largo. El ramo se forma con dos rosas grandes, una clara y otra oscura, con algunas medio abiertas blancas y encarnadas, y con algunos capullos.—Las hojas son de diversos puntos del color verde, pero cada hoja es del mismo punto de color toda ella. Segun que se la quiera hacer mayor ó menor, así se la forma con un fleco sencillo de 8 á 14 centímetros de largo, hecho con un molde fino del grueso de una aguja de madera del n.° 7. Este fleco sencillo se hace como el doble, es decir, que una persona enrolla la lana, mientras que otra cruza las hebras de alambre. Un dibujo representa una de las hojas vista por el revés, de tamaño natural. Se peina y se



UNA DE LAS HOJAS VISTA POR EL REVÉS.

© Biblioteca Nacional de España

atusa la hoja por el derecho y se ata á ella un tallo cubierto con lana verde.

La cara inferior del sombrero lleva dos rosetas puestas sobre cordones elásticos. Para preparar una de ellas se hace al crochet una redondela plana, compuesta alternativamente de un punto en el aire y de una brida. Esta redondela tiene 6 centímetros de diámetro. Se la cubre con fleco doble en espiral, y en su centro se pone una rosa á medio abrir con dos hojas.

Orla de terciopelo ó esterilla.

Se nos pide continuamente que multipliquemos esta clase de dibujos para bordados con esterilla ó terciopelo negro muy estrecho: su uso es universal, se aplica á trages, á talmas de cachemira para primavera ó de telas ligeras para el verano, á zagalejos de lana ó de coti listado, á enaguas interiores de percal blanco, adornadas con una tira de percal maiz que se borda con un dibujo de estos, á los chales de cachemira, á los vestidos de niños, etc.

Canastillo al crochet.

MATERIALES.—32 gramos de lana céfiro negra; 16 gramos de la misma lana blanca; 32 gramos de la misma lana de diferentes puntos del color verde; algunas hebras lila, rosa oscuro y rosa mas claro; cuentas de acero; cuentas doradas, laton muy fino, juncos muy finos; un pedazo de tela negra de seda; algodon en rama.

Este canastillo constituye un lindo juguete que se utiliza para servir en él huevos frescos, los cuales conservan en él el calor por espacio de cerca de una hora. Se hace al crochet sobre juncos ó mimbres muy finos, empleados á guisa de bramante. Se comienza por el fondo, que es ovalado; se arman con la lana negra 5 puntos,—se agrega el junco, y sobre él se hace,—un punto en cada uno de los 3 primeros de la cadeneta,—3 puntos en el 4.º—Por el otro lado de la cadeneta se hacen igualmente 3 puntos sobre los 3 primeros.—3 en el 4.º; así queda formado el óvalo del fondo: se conserva esta figura en todas las vueltas siguientes, no creciendo nunca en los lados largos, sino solo en los dos extremos. El fondo se compone de 20 vueltas, durante las cuales se crece de modo que se mantenga plano.—La vuelta 21 (primera del borde, que tendrá 9 centímetros de alto) no lleva crecido; esta se compone alternativamente de 3 puntos negros y uno blanco. Desde la vuelta 22 á la 26 se trabaja del mismo modo, pero poniendo los colores encontrados, colocando el punto blanco sobre el primero de los 3 negros y así sucesivamente.

Desde la 27 á la 30 vuelta, siempre sin crecido, pero dejando el junco algo flojo para que el canastillo se ensanche.

Desde la vuelta 31 á la 36, se hacen 4 puntos negros en vez de 3, haciendo 2 puntos en el del medio de los negros.

La vuelta 36 termina el borde; se doblan hácia fuera las cuatro últimas vueltas, se cose un hilo de laton al rededor del canastillo entre la 4.ª y la 5.ª vueltas; el interior de este se tapiza con algodon en rama y se cubre con tela negra de seda.

La cobertera se hace como el fondo, pero despues de cada vuelta se estira un poco el junco á fin de que aquel forme comba: su tamaño se arregla por la circunferencia del canastillo. El asa se compone de un aro de junco ó mimbre, cubierto con puntos de crochet, que se hace por separado y despues se asegura en el centro de la cobertera.—Para este aro se emplean 68 puntos, que se reunen en redondo; la 2.ª vuelta es semejante á la 1.ª, pero se compone alternativamente de 1 punto blanco y 3 negros,—la 3.ª vuelta es como la 2.ª, pero sin hacer encontrados los puntos blancos,—la 4.ª vuelta es toda de lana negra, ésta termina el aro.

La guirnalda de flores que rodea al canastillo se hace de lana: para la ejecucion de los capullos de rosa y del fleco con el que se prepara el follage, puede verse la explicacion del *sombrero para niño*, que se inserta en la 1.ª página de este mismo número: en cuanto á las demás florecillas, se las ejecutará fácilmente con arreglo á las indicaciones contenidas en nuestros artículos especiales acerca de las *flores de lana*. Las hojas se imitan por medio de un fleco de 5 á 6 centímetros anudado con alambre fino, que luego se corta, se dobla por medio, y se asegura sobre un tallo de laton. El borde inferior de la cobertera se guarnece por dentro con un fleco que no se corta, ejecutado con diferentes puntos del verde, y luego sobre este fleco y todo al rededor, se dispone la guirnalda de flores y de follage.

Los cuatro medios huevos colocados sobre la cobertera, se ejecutan con flores de lana amarilla y de lana blanca recortados. Se forma primeramente la yema con un fleco de 12 á 14 centímetros, que se dispone en espirales, al rededor del cual se ponen dos filas de fleco blanco; todo esto se peina y se atusa, asegurándolo luego en el sitio que indica el dibujo.

Las 5 hojas grandes se hacen como las de la guirnalda, despues con algunos puntos de lana verde mas oscura se le figuran las venas. Los huecos que aquí y allá se encuentran todavía, se rellenan con pedazos de fleco verde de diversos puntos de color, anudado con algodon verde, y hecho con un molde del grueso de una aguja de madera del n.º 5.

Ahuecador Passe-partout.

Este ahuecador, al que hemos tenido que conservar su nombre francés por no haber hallado en castellano uno que le corresponda, va representado en dos dibujos, que harán apreciar su extremada comodidad.

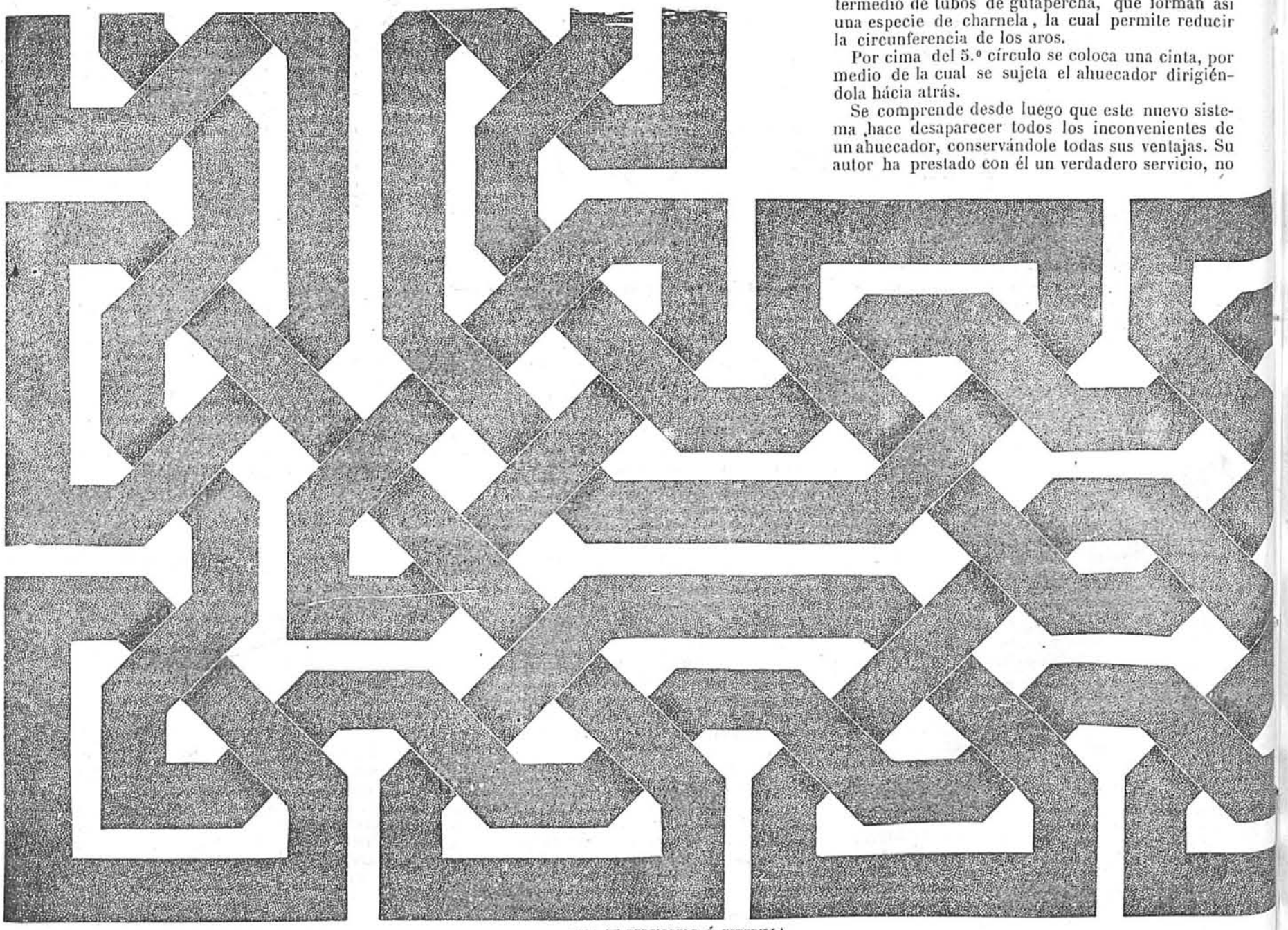
El dibujo n.º 1 lo reproduce extendido y visto por el revés, de modo que haga fácil el estudio de su mecanismo: el dibujo número 2 es el mismo ahuecador visto por el derecho, tal como se pliega cuando la persona que lo lleva ocupa un asiento de carruage.

Se compone de siete paños cortados en punta: el paño de delante está separado y se abotona por uno de sus lados; lleva nueve círculos de acero, á la vez firmes y flexibles, que van colocados por dentro, sujetos de trecho en trecho por presillas de cinta ó de otro modo cualquiera.

Los cinco arcos del paño de delante van separados de los arcos que les corresponden en el resto del ahuecador, y solo se ligan con estos por el intermedio de tubos de gutapercha, que forman así una especie de charnela, la cual permite reducir la circunferencia de los aros.

Por cima del 5.º círculo se coloca una cinta, por medio de la cual se sujeta el ahuecador dirigiéndola hácia atrás.

Se comprende desde luego que este nuevo sistema hace desaparecer todos los inconvenientes de un ahuecador, conservándole todas sus ventajas. Su autor ha prestado con él un verdadero servicio, no



ORLA DE TERCIOPELO Ó ESTERILLA.

© Biblioteca Nacional de España

solo á la elegancia, sino hasta á la *humanidad*, porque el antiguo sistema era en extremo calamitoso para cuantas personas tenian que ponerse en contacto con un ahuecador, principalmente en sitios estrechos.

COSTUMBRES PARISIENSES.

LA URBANIDAD.

II.

Fórmulas de invitacion. — El baile. — Recepcion de los convidados. — Presentacion. — Reglas de un baile.

No hay uso alguno de los adoptados por la sociedad *que no esté sometido á las variaciones de la moda*. Los mismos cambios que estos usos experimentan indican con precision las tendencias de la época durante las cuales se producen.

Para citar un solo ejemplo, bastará indicar las fórmulas de las esquelas de convite tales como en otro tiempo se acostumbraban, comparándolas con la redaccion adoptada por muchos de algunos años acá.

Al tratar de dar un baile, se enviaba una esquela impresa, en la cual solo los nombres estaban manuscritos. La esquela estaba concebida en los términos siguientes:

Mr. X... y Mme. X ruegan á Mr... les haga el honor de asistir al baile que dan el... á los...

Esta redaccion atenta y política se ha cambiado en la actualidad: las esquelas de convite se dirijen en un estilo breve é imperativo. Por ejemplo:

Mr. y Mme. X..... estarán en su casa el..... Se bailará.

¡Estarán en su casa! La advertencia es importante por cierto; pero no hay allí nada que indique el deseo de recibir, ni menos el de recibir bien, á las personas á quienes se dirige esta singular fórmula de invitacion.

Y es porque esta fórmula pertenece á una época en que la sociedad, rompiendo con las tradiciones antiguas, no ha hallado todavía las reglas que quiere sustituir á las que ha abolido. La aristocracia del dinero ha aparecido en la escena que antes ocupaba otra aristocracia, y como aquella es mas vana y menos culta que esta, no considera que ningun derecho tiene al respeto y á la sumision de las personas independientes, y que las consideraciones deben guardarse en la sociedad solo al individuo, y no á sus doblones, *los cuales son de todo punto indiferentes* á cuantos no tienen la pretension de disfrutar de ellos. — Este razonamiento parece haber penetrado recientemente en algunas inteligencias, y ya ha comenzado á volverse á la antigua fórmula, desechando la nueva por poco atenta, y porque en rigor no constituye siquiera una invitacion.

Las esquelas se dirigen quince dias antes del baile. Esta precaucion está dictada por un cuidado atento y previsor, porque es menester dar á las damas el tiempo necesario para preparar sus trages y sus adornos. Cualquiera invitacion hecha con menos tiempo pudiera aparecer como un deseo de provocar una disculpa para no asistir.

Aunque no sea indispensable el que la persona invitada manifieste su no asistencia al baile, es mas político el hacerlo, exponiendo su escusa, y mostrando su gratitud y su sentimiento.

Los salones destinados al baile no han de tener fuego. La señora de la casa acostumbra á recibir á sus convidados en una sala pequeña, y es absolutamente indispensable que haya hecho todos sus preparativos de tocador temprano, porque si no es de buen gusto el ir á un baile antes de la hora de la invitacion, de peor gusto seria el que si alguno tuviese la mala ocurrencia de adelantarse no se hallara en su puesto la señora. La impolítica de aquel no seria bastante á *escusar la inconveniencia* de esta.

El amo de la casa, con algunos de sus parientes, se colocan en la primera sala; ofrecen el brazo á las damas que llegan, y las conducen á donde está la señora. Cuando ya es mucha la afluencia de las personas invitadas, pasan estas á los salones de baile. Las jóvenes que van escoltadas por sus mamás ó por alguna parienta ó amiga, se colocan delante de ellas.

La alta sociedad parisiense comienza á adoptar la costumbre inglesa, con arreglo á la cual ningun *caballero dirige una invitacion á una señora ó señorita* si antes no le ha sido presentado por un pariente, por una señora ó por un amigo de ámbos. Los dueños de la casa son los que por lo comun se encargan de hacer esta presentacion, que, fuera de algun caso excepcional, se limita á decir el nombre de la persona. En toda presentacion se procede de inferior á superior, y como el caballero (en las reuniones) es siempre inferior á la dama, este es el primero

CANASTILLO DE CROCHET.

presentado, cualquiera que sea su categoría, tanto mas cuanto que se supone que conoce á la otra persona, toda vez que solicita ser presentado á ella.

Convendria que semejante costumbre se generalizase todavía mas de lo que está, porque de la contraria surgen inconvenientes que están al alcance de cualquiera.

Cuando un caballero se dirige á una dama para preguntarle si tiene á bien honrarlo bailando con él, ella debe aceptar si ya no está comprometida con otro: *debe aceptar aunque el caballero sea feo*, viejo y hasta ridículo. Cualquiera negativa, por mas hábilmente que se disfrace, cualquier subterfugio puede provocar un lance desagradable y escandoloso, exponer la reputacion de una señorita y hasta la vida de alguno. ¡A cuántos desafíos no ha dado ocasion una negativa semejante!

Es una regla de buena sociedad el no hablar nunca ni muy bajo ni muy alto, porque en el primer caso podrán creer las personas que están cerca que se habla mal de ellas, y en el segundo pueden ser molestadas por aquellas conversaciones estrepitosas, aquellas voces y aquellas carcajadas. Conviene por tanto evitar los conciliábulos de señoritas que *rien á boca llena para llamar la atencion*, y que se burlan de todo el mundo, porque creen que la burla demuestra ingenio, y no saben que há mucho tiempo que se ha dicho que *la burla es el talento de los que no tienen talento*.

Cuando una señorita ha dejado de bailar, debe ir inmediatamente á unirse á la persona que la ha acompañado al baile, siendo conducida por su caballero.

Si encuentra amigas, no irá á conversar con ellas en sitios apartados y fuera de la vista de su familia ó de quienes hagan las veces de tal.

En una palabra, evitará siempre esas maneras y esos aires de independencia, que indicarian una educacion mal dirigida. Si va al baile solo con su padre, este la colocará bajo la proteccion de alguna señora, que reasumirá por este hecho todo el respeto y todas las deferencias que á aquel debe.

Algunas mujeres imaginan que la dignidad consiste en la tiesura; andan á pasos lentamente calculados, se mueven con la magestad que caracteriza á los autómatas, dejan caer sus palabras una á una y en sus acciones mas insignificantes *llevan el sello de la afectacion*. Es preciso evitar este escollo con tanto cuidado como el escollo opuesto: la reserva no debe transformarse en tiesura ni la benevolencia en familiaridad. La distincion consiste en huir de los dos extremos.

Despues de los primeros bailes se sirven refrescos, dulces, helados, etc., y cuando no hay cena se organiza por lo regular un *buffet*. Ahora bien, ¿me atreveré á rogar á los hombres que permitan llegar á estos dulces, á estos refrescos, á estos helados hasta las señoras, sin entregarlos antes al pillage?

Despues de un baile, *todas las personas convidadas*, hayan concurrido ó no, deben hacer una visita á la señora de la casa dentro del término de ocho dias. Una targeta enviada no es lo bastante.

EMMELINE RAYMOND.

PENSAMIENTO DE VERANO.

Diciembre es el mes mas delicioso del año, solo que hay que mirarlo á cierta distancia.

Mírese á la luz de Julio, y se comprenderá la exactitud de esa observacion.

—

Hay una manera muy sencilla de refrescar la memoria.

Basta con pensar en Enero.

—

¡Qué absurda es algunas veces la verdad! Oigan ustedes esto.

¿Por qué las mujeres mas frescas han de *ser las que mas nos queman la sangre*?

Ó de otra manera mas ámplia:

No hay cosa que acalore tanto como una frescura.

—

Aconsejo á todos los hombres amigos de su comodidad, que durante el calor no frecuenten mas amistades que aquellas que se hayan enfriado.

—

Yo comprendo un verano delicioso.

Por ejemplo: un verano en invierno.

—

Lo negro recoge el calor y lo blanco lo rechaza.

Por medio de la razon se hace lo negro blanco y lo blanco negro.

Ahora bien: *¿quiéren ustedes ponerse á cubierto* del rigor de las estaciones?

Es una cosa muy fácil.

No hay mas que hacerse negros en invierno y blancos en verano.

—

Y sin embargo, yo en el verano quisiera ser negro, por reirme del sol.

Me asestaria inútilmente sus rayos encendidos.

Yo podria decirle: no das en el blanco.

—

De seguro yo no tendria tanto calor si no hubiera adquirido la invencible costumbre de ir siempre conmigo.

Es ciertamente bochornoso, que en los paises mas libres el hombre vaya siempre encadenado á sí mismo.

Irrita la idea de que *yo* no pueda nunca separarme de *mí*.

—

Un hombre desairado por una mujer, dice:

© Biblioteca Nacional de España

—Me ha dejado frio.
Cualquiera puede añadir:
«Otra te hará sudar.»

—

¡No llueve en el verano!
Hé aquí la manía de los que no miran las cosas mas que por la superficie.
Elévese la cuestion, y se verá que llueve.
Lo que ocurre es, que el agua se seca antes de que llegue á la superficie de la tierra.

—

Siempre que en los dias de mucho calor me mira una mujer hermosa, se me ocurre la misma idea.
Yo digo: ¡Señora, si pudiera usted guardarme esa mirada para Diciembre!

—

El verano, rigorosamente considerado, no es mas que una operacion comercial.
Es el calor que pone á la humanidad en liquidacion.

—

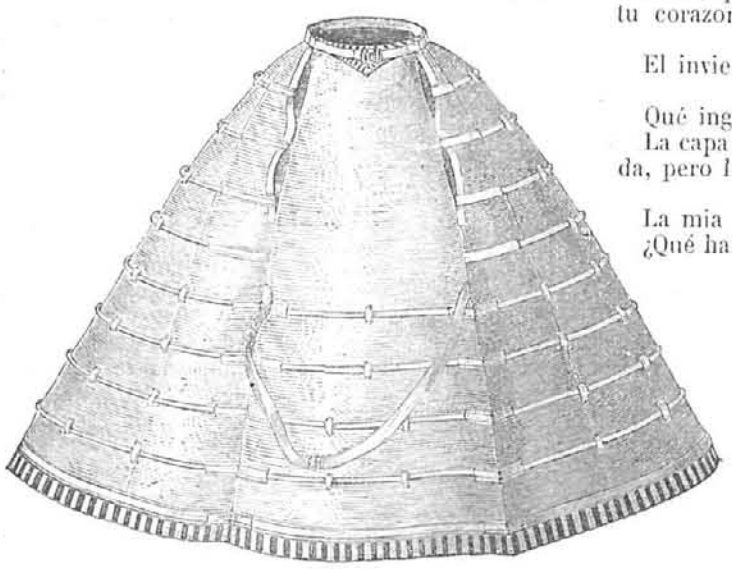
El verano y las pasiones nos empujan á un mismo sitio,
El primero nos lleva á la orilla del mar: las segundas nos arrastran al borde del abismo.

—

¡Cuántos se han empobrecido solo por hacerse la ilusion de que eran ricos!
Yo comprendo perfectamente esa barbaridad, y me explico de este modo;
Madrid, Julio, etc.—Hace un calor insoportable. Si tuviera chimenea la encenderia, solo para hacerme la ilusion de que estaba en invierno.

—

El hombre procede siempre de la misma manera.



N.º 1.—AHUECADOR VISTO POR EL REVÉS.

Huye del calor porque ahoga, y corre en busca del agua que ahoga tambien.

—

¡Cuántas veces me han hecho feliz los aires de Rossini!
¡Cuántas veces me ha conmovido el aire de una mujer hermosa!
Hoy, lo confieso con ingenuidad, prefiero el aire de un abanico.

—

Hé aquí un desatino de primer órden.
La razon, que es tan fria, es la que tiene tan acalorado al mundo.
Esto es: *la nieve hace hervir al agua.*

—

Continuacion del pensamiento anterior.
¡Cuánta frialdad necesita un hombre para incendiar á un pueblo!

—

La reflexion es inútil en el verano, porque el calor es una cosa que no se puede considerar friamente.

—

Voy á colocar sobre mi corazon un rótulo que diga:

Asegurado de incendios.

El motivo que tengo es el siguiente:
He visto dos ojos que ocultan la negra intencion de pegarme fuego.

—

En medio de la Puerta del Sol en Julio y á las doce del dia, es cuando se conoce lo que abriga la capa del cielo.

—

El verano tiene algo de barbero.
¡Es tan aficionado á calentar el agua!

—

La medicina puede dar un gran paso en el terreno de los constipados.
Véase si esta idea no es verdaderamente luminosa.
El dinero es lo que mas hace sudar á los hombres.
Parecerá caro este medicamento, pero léase lo que sigue:
El dinero que mas hace sudar, es precisamente el dinero que no se tiene.

—

Yo no sé por qué las cortes se cierran en el verano.
¿Hay alguna época en que los ministerios puedan ser defendidos con mas calor?

—

¿Querrán ustedes creer que el calor me tiene con el agua al cuello?

—

Bajo una temperatura de treinta y cuatro grados se comprende muy bien el talento de los hombres que saben vivir entre dos aguas.

—

Un hombre oscuro debe pasarlo muy bien en el verano.
Viene á ser un pedazo de tierra sin sol.
Mas claro, una sombra.

—

Entre un hombre ardientemente enamorado y una mujer vanidosa, siempre sucede lo mismo.
El se abrasa y ella se baña en agua rosada.

—

No es esto lo peor, sino lo que sigue:
Todos le decimos á él: está usted fresco.

—

Si yo atravieso alguna vez los desiertos de Africa, escribiré en mi libro de memorias este recuerdo.
«El sol cae á plomo sobre mi cabeza, mis piés se hunden en una arena que hierve, el aire encendido me rodea como una llama.
«Inés, quién pudiera encontrarse ahora dentro de tu corazon. ¡Es tan frio!»

—

El invierno debe ser el verano de la otra vida.

—

Qué ingrato es el hombre!
La capa es durante el invierno la mitad de su vida, pero llega el verano y se la deja colgada.

—

La mia está suspensa. No tiene un año todavia.
¿Qué haré yo para que no se pique?

—

En este tiempo para que la verdad no muera sofocada, es preciso dejarla salir desnuda.

José SELGAS.

COSTUMBRES DE COCHINCHINA.

—Con que vamos, D. Timoteo, V. que ha estado en aquellos paises, denos V. algunos pormenores acerca de sus costumbres.

—Con mucho gusto os los daria, amigos mios; pero observo que el reló marca las once y mis nietos me estarán esperando ya para cenar.

—Vamos, déjese V. de cena y cuéntenos V. alguna cosa.

—No, no; yo no puedo faltar á mis antiguas costumbres, y mi estómago se resentiria si esta noche no cenara. Estoy tan habituado á seguir el plan higiénico que hace diez y nueve años me propuso el médico que entonces me asistia...

—Bueno, pues cenará V. aqui mismo. ¡Pepe! sirve á D. Timoteo lo que pida.

—¿Qué pide V., D. Timoteo? dice el mozo acercándose al venerable anciano, á quien cinco estudiantes de leyes rodean en una de las mesas del café del siglo.

—*Vamos, no me hagais salir de mis casillas:*—replicó D. Timoteo cojiendo su baston y haciendo ademan de levantarse:—he dicho que no puedo detenerme, y os pido por favor que me dispenseis por esta noche; mañana será otro dia. Acudid un poco mas temprano que hoy y os contaré lo que querais. Prometo acompañaros hasta las diez y media.

D. Timoteo busca en vano su sombrero por las banquetas que hay en torno de la mesa; los pícaros estudiantes se lo han escondido y murmuran por lo bajo.

—¡Ah! picarillos, exclama entonces el anciano sonriendo maliciosamente y procurando adivinar en el rostro de los bulliciosos jóvenes quien es el autor de aquella broma.

—Me habeis escondido el sombrero para que no me marche? Como veis que estoy calvo, y sabeis que en seguida me constipo... Lo que siento es haber gastado tanto dinero en aquella maldita agua de Lob para que me naciese el pelo... pero vamos, dejadme ir esta noche, que mañana os haré compañia hasta las once.

—No; no le dejamos á V. marchar D. Timoteo, si antes no nos refiere V. alguna cosa acerca de los Cochinchinos.

—Vamos; os referiré alguna trapisondilla de las muchas que me han sucedido en aquel maldito país de idólatras... que el diablo los lleve á todos.

—Sí, sí; cuéntenos V. algo de lo que por allí pasa.

—Empiezo pero con la condicion de que seré breve, y de que en seguida me dareis el sombrero para marcharme á casa:

—Sobre la mesa está; pero principie V.

—Pues señor: dijo el anciano apoyando los codos sobre la mesa; pero antes, ¡tráeme un chocolate con bizcochos, Pepe!

—Vuelvo en seguida, D. Timoteo.

—Es el caso; continuó el anciano; que algunos dias antes de desembarcar en Cochinchina, me dijo el capitan del buque iba á convidarme á uno de los bocados mas sabrosos que se comen en aquel país. ¿Qué bocado será? dije para mi coleto deseando que llegase el instante de probarlo.

—¡Vá V. á comer perro! añadió el capitan advirtiendo sin duda la curiosidad que me dominaba.

—¡Perro! exclamé lleno de asombro y haciendo un gesto de desagrado.

—Perro, sí; me contestó el capitan con gran tono.

—Permitame V. que le diga, amigo capitan; le repliqué; que mi estómago está demasiado echado á perder para que pueda apreciar en lo que valen esos manjares tan exquisitos.

—¡Cómo! ¿Cree V que la carne de perro es alguna porqueria? Pues tenga V. entendido que los Cochinchinos solo la comen en ocasiones muy solemnes, como en un dia de boda por ejemplo, cuando sus mandarines tienen algun hijo...

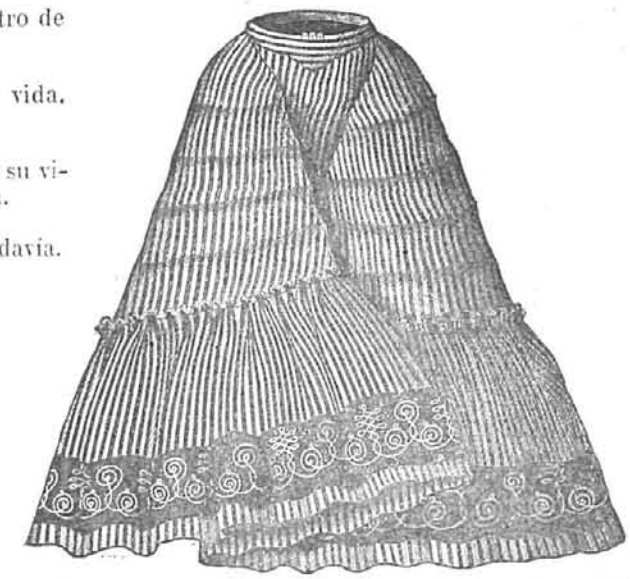
—¡Sopla!...

—Sí, sí; la carne de perro es un manjar muy exquisito y espero que antes de pocas horas ha de venir V. á darme la razon.

—Vaya, V. se chancea; le dije creyendo que trataba en efecto de darme alguna broma.

—Le digo á V., replicó con serenidad, que ha de darme las gracias despues de haberlo comido.

Escuso deciros, continuó el anciano mirando nuevamente al reloj sin que lo advirtiesen los estudiantes, que



N.º 2.—AHUECADOR VISTO POR EL DERECHO.

por mas elogios que me hizo el capitan de la carne de perro, yo apenas pude (y esto por compromiso) atravesar una pequeña tajada; que por poco me hace arrojar por la boca, no digo los pulmones, pero hasta el hígado y la asadura.

—¿Tan mal le supo á V.? repuso uno de los estudiantes.

—¡Uf! continuó el anciano; aquello era veneno, pero oid, oid. Apenas desembarqué en Cochinchina, lo primero que se me ocurrió fué comer, naturalmente. Despues de un viaje tan largo como el que traia, mi cuerpo se hallaba fatigado, mi estómago desfallecido, y mis miembros con ganas de descansar. Lo primero que encargué á mi intérprete fué que buscase que comer.

—¿Tambien llevaba V. intérprete?

—Naturalmente tuve que buscarlo.

¿*Quién diablos entiende asi de buenas á primeras* aquella maldita gerigonza que llaman lenguas y cuyo solo alfabeto tiene mas de 80.000 letras de forma á cada cual mas extravagante? Dijele á mi interprete que me proporcionase alguna cosa para refrigerar un poco mi estómago, y asiéndome de una mano me indicó que le siguiese. Seguile muy contento creyendo que pronto iba á ver satisfechos mis pobres deseos, cuando hete aquí que me conduce hasta la orilla de una especie de estanque ó laguna ceganosa en la que apenas se veia el fondo por lo súcia que se hallaba. Yo al pronto creí que no habiéndome comprendido me proporcionaba agua en vez de comida, que era lo que yo le habia pedido; pero bien pronto sali de mi error cuando observé que, dejando su enorme abanico, descalzándose los piés de sus sandalias de piel de carabao, remangándose sus anchos calzones hasta mas arriba de las rodillas, arrollándose tambien las mangas de su esclavina hasta los codos, y calándose el sombrero de paja, hasta las cejas, se metió en la laguna, ocultó sus brazos dentro del agua, y volvió á salir á los muy pocos instantes sacando una rana en su diestra y un enorme pez de color oscuro en su mano izquierda.

—Tome vuesa mercé, me dijo presentándome el pez al propio tiempo que mascaba una de las patas traseras de la rana.

Esta dió un quejido agitándose convulsivamente, y yo aparté la vista de aquel espectáculo tan súcio como

© Biblioteca Nacional de España

nuevo para mí.

—¿No queria comer vuesa mercé? preguntó.

—Comer queria; pero no un animal tan súcio como ese y vivo por añadidura.

—¡Oh! es una carne excelente; replicó.

Y volvió á arrancar otra pata al verdoso animalejo, que esta vez chilló de una manera particular crispándome los nervios su quejido.

El intérprete seguia mascando, y cuando concluyó con la rana, emprendió con el pez su singular tarea, cortándole la cabeza de la primer dentellada y arrojándola despues al suelo.

—¿Es posible, dije para mis adentros, que esta gente se coma vivos los animales, y los animales que se crian en las lagunas?

Pero aun me falta mucho que ver, y en verdad que todavía no tenia motivos suficientes para admirarme de esa manera. No habiamos llegado aun á la capital de Cochinchina, Hué, aunque llevábamos ocho dias de camino y habiamos cruzado por las provincias de JuangBinh, Juang-Tri y parte de la Phaxuan, cuando mi buen intérprete al llegar cerca de unos matorrales levantó en alto su abanico, y sacudió tal golpe sobre la tierra que yo me sobrecojí creyendo que le habia dado algun acceso de locura.

—No tiembles, mi señor; me dijo advirtiendo mi turbacion y señalando con el abanico hácia un animal parduzco que se revolcaba por el suelo. He comprendido que ni las ranas ni los peces agradan á vuesa mercé y se me ha presentado ocasion de ofrecerle una buena racion de gato de Algalia. Entreténgase en desollarlo mientras voy en busca de otro alimento que agradará á vuesa mercé sin duda alguna.

Echándose el abanico al hombro desapareció detrás de unas enormes peñas sobre las que daban de plano los rayos del sol, que en aquel momento producian un calor algo sofocante.

Yo me contenté con mirar un poco mas de cerca al animal que acababa de ser víctima del terrible abanicazo, y vi que en efecto era una especie de gato montés, algo parecido al zorro, y que podria pesar unas ocho ó nueve libras por lo menos.

Debo advertiros, continuó D. Timoteo mojando un bizcocho en chocolate, que el abanico de mi intérprete no se parecia en nada á los que por aquí se usan, al menos en el tamaño. El abanico en cuestion podria tener varia y tercia de longitud, y desplegadas sus varillas, ocuparia por lo corto braza y media de terreno; así que el intérprete lo llevaba á guisa de baston, y cuando queria hacerse aire lo apoyaba en el suelo, entreabria tres ó cuatro de sus varetas, y así medio cerrado porque de otro modo era imposible manejar aquel mueble disforme, se abanicaba cuando sentia calor.

Aun no hacia seis minutos que me encontraba solo al lado del cadáver todavía humeante dal gato de Algalia, cuando mi intérprete volvió con dos animales vivos en la mano, que me ofreció como un regalo exquisito. ¿Y qué animales direis que eran amigos mios? añadió D. Timoteo sorbiendo el resto del chocolate.

—¿Quién sabe, dijeron los estudiantes.

—Pues el uno era un raton, y el otro un lagarto entredorado y verde.

—¡Un lagarto!

—¡Un lagarto y un raton!

—Vaya... V. tiene gana de chancearse, D. Timoteo.

—Podeis creerme bajo palabra de honor.

—¿Y tambien se los manducó?

—El raton de dos bocados, con rabo y todo y sin desollar siquiera.

—¿Y del lagarto?

—Arrojó la cabeza y la cola y se comió el resto del cuerpo.

—¿Pero vive?

—Entre sus dientes espiró, como el pez y la rana habian espirado ya.

—Vaya, vaya: V. tiene gana de embromarnos.

—Os digo que podeis creerlo bajo mi palabra.

—Como viene V. de aquellos paises, cree V. que tambien nosotros somos chinos y trata de engañarnos.

—Repito que podeis creerme bajo palabra de honor; pero no penseis que es solo lagartos, ratones, ranas y peces lo que comen los naturales de aquellas tierras. Comen tambien toda clase de cuadrúpedos, aves y cuantos animales y bichos andan, trepan, nadan y vuelan por allí. Ellos nada desperdician, y desde los búfalos hasta las hormigas, ni un solo bicho se escapa de sus dientes; comen como os he dicho, los peces crudos, y los búfalos despues de tostarlos un poco al palo, pero sin perdonar la piel, que segun dicen, es el bocado mas sabroso.

Cualquier animal que muere, ya sea de peste, ya de rabia, ya porque le haya picado alguna víbora venenosa, todo se lo tragan, y ni la víbora misma está libre de reforzar su estómago en muchas ocasiones. A los Cochinchinos nada les hace daño: comen perros, gatos, ratones, culebras, hormigas, gusanos de seda, mariposas, escarabajos, lombrices, moscas, polillas, lagartijas y toda clase de insectos por súcios y asquerosos que sean; sin que nada se les indigeste.

—¿Pero ¿y es posible, repuso uno de los estudiantes fijando una mirada de incredulidad en el rostro de D. Timoteo, que V. se haya acostumbrado en los dos años que ha permanecido por allá á comer ese género de animaluchos?

—Hombre, no; contestó el anciano; de alguno de ellos he comido, como por ejemplo, del perro, de la culebra, del búfalo y algunos oros; pero el gato de Algalia nunca lo he podido atravesar, tiene un olor y sabor á almizcle tan penetrante que produce nauseas, y ningun europeo puede probarlo sin arrojar despues cuanto tiene dentro de su cuerpo.

—Pero y bien: llegó V. á Hué? porque aun no nos ha referido V...

—Llegué si, hijos mios! pero antes me detuve en un pueblecito cercano donde estaban haciendo las elecciones.

—Tambien por allí hay elecciones?

—Toma, toma; pues qué creeis, que solo en España es donde impera el sistema parlamentario? Si vieseis las elecciones del Cai-Toung y Pho Toung, que es como si dijéramos del juez de policía y de su teniente, os divertiriais en grande, contemplando las nuestras como una triste parodia de lo que pasa en Cochinchina.

Los pretendientes annamitas presentan á sus electores el espectáculo conmovedor y sorprendente de veinte ó treinta puercos y búfalos asados; porque allí, como os he dicho la pasion dominante es la gula; les ponen delante de los ojos enormes ollas de morisqueta; no se olvidan jamás de las cincuenta ó sesenta cántaras de vino y de arroz caliente; entusiásmanlos con maravillosos y elocuentísimos discursos, prometiéndoles beneficios y felicidades sin cuento, y los electores todos se embriagan al monotono compás de los bombos y tambores, y entonces los pretendientes, creyendo que es llegada la ocasion, dan una verdadera batalla electoral, intriga cada cual del modo que juzga mas conveniente para lograr sus fines, y haciendo firmar á los electores el papel que contiene el voto futuro del que hace los honores de convite, dan por terminada su tarea obligando

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

PARA SEÑORITA. Trage de tafetan azul, guarnecido con dos tiras formando enrejado, de terciopelo negro, guarnecidas por arriba y por abajo de guipur estrecho. Trage de encima de gasa de seda blanca, recogido al lado derecho por una tira de tafetan azul, con el mismo adorno que los del trage anterior, y que termina en un ramo de rosas blancas; otras dos tiras semejantes, pero mas estrechas y mas cortas, se colocan en el trage de encima. Corpiño escotado de gasa de seda blanca. Berta de tafetan azul con enrejado de terciopelo negro. Mangas cortas. Diadema de rosas blancas.

VESTIDO DE CONVITE. Trage de debajo de raso verde claro, ollado por un encage negro puesto liso, sobre el que corre una cinta de terciopelo negro y un encage estrecho. Trage de encima de muer malva, guarnecido por un volante de encage negro, dispuesto en festones y cayendo sobre el trage verde. Este encage sube por uno y otro lado hasta el talle. Todas las puntas de la cinta de terciopelo llevan una roseta de cinta de raso malva. Corpiño escotado del color y tela del trage de encima. Berta-fichú cruzada por delante, hecha de encage negro. Ramo y prendido de cabeza compuestos de pensamientos de varios puntos de color.

© Biblioteca Nacional de España

segunda vez á los electores á firmar el acta que de antemano llevan, sometiéndola despues á la aprobacion del Juan-Huyen, ó gobernador de aquel distrito, y de este modo se verifican las elecciones de todas las autoridades en aquel bendito pais. Por supuesto no creais que siempre concluyen como comienzan, esto es, en medio de la paz y la alegría. Rara es la eleccion que no concluye á garrotazos, que unos á otros se sacuden cuando ya se encuentran bastante alumbrados por el vino, y por descontado que esto no es mas que uno de tantos espectáculos como diariamente se presencian en Tunquin y Cochinchina.

—¿Es decir, que ocurren otras escenas mucho mas divertidas?

—¡Toma! ¡toma! allí desde el momento en que nace el hombre hasta que se lo llevan á enterrar es todo un verdadero sainete, que algunas veces suele venir á parar en tragedia horripilante.

—¿Tambien son feroces?...

—¡Uf! tienen mal corazon algunos cochinchinos.

—¿Algunos nada mas?

—El pueblo en general es trabajador, ninguna persona se encuentra ociosa, á no ser alguno que otro riquillo del pais que posee algunos bienes. Los hombres labran la tierra con el arado, la laya y el azadon; siembran y cuidan de su huertos; fabrican sus casas é instrumentos de labor, ó ejercen algun otro oficio para proporcionar el sustento á sus familias. Las mujeres por su parte no son tampoco menos trabajadoras; ellas cuidan de los gusanos de seda, hilan el algodon, mezclan y limpian el arroz, tejen las telas, preparan las comidas, destilan riquisimo rom del arroz de la cosecha para venderlo luego al comercio; y por último, auxiliando tambien á sus maridos en las faenas agrícolas, les ayudan á cavar y trasplantar el palay y otras mil operaciones. Los jóvenes tejen tambien, lavan y cosen; pero principalmente se dedican á llevar al mercado el chicubito ó espuerta con arroz, pollos, huevos, y otras clases de mercancías, que, ó bien cambian por otros artículos, ó venden por dinero. En este pais no se encuentra un ladron por un ojo de la cara; á bien que si alguno se presenta, pronto dan cuenta de él los vecinos del pueblo á donde vaya á ejercer su industria, ayudados de los feroces mastines que tienen para guardar sus huertos, y que ceban como en otros paises á los cerdos, para despues aprovecharse de sus carnes.

—Pero, y diga V., D. Timoteo, siendo ese país tan culto, ¿cómo sus habitantes dijieren las sabandijas?

—Porque el pais de suyo es miserable, y el trabajo, tanto de los hombres como de las mujeres, dá muy poco de sí; además de que ya se encuentran acostumbrados á comerlas, y no hay quien les haga perder ese maldito vicio.

—Y respecto al matrimonio, ¿qué nos cuenta V.? ¿Se casan muchos por aquella tierra?

—¡No, amigos! Con respecto á ese punto, los annamitas están mucho mas atrasados que nosotros.

—¿Pues cómo?

—Muy sencillo; nosotros nos contentamos con una sola mujer, y aun de esta nos sobra la mitad, y ellos rara vez se contentan con menos de seis.

—¿Con que tan aficionados son al matrimonio los naturales del reino de Annam?

—Así es, y en mi concepto lo que principalmente debe influir de una manera eficacísima para que las gentes de allí se casen, es que los trámites del matrimonio son mucho mas sencillos, los gastos casi insignificantes y los pasos que tienen que dar poco menos que ninguno. Cuando dos individuos, cualquiera que sea su categoría desean casarse, se presentan al Alcalde pedáneo de la poblacion donde residen, acompañados de sus padres ó tutores, declaran que se quieren como dos palomos, pagan treinta y cuatro cuartos de derechos al receptor de las contribuciones y negocio concluido.

—¿Nada mas les exigen?

—Nada mas; las leyes en este punto son allí mucho menos complicadas.

—¡*Corpo di Baco*, y qué pais aquel! Allí todo se hace al vapor. Pero, ¿ninguna otra formalidad se exige?

—Hombre, sí: hay algunas que actualmente rigen para despues del desposorio, pero no quiero molestaros con su relacion. Los annamitas son poco amigos de las hijas, y cuando Dios les concede muchas, el mismo dia en que nacen, las dejan en los bosques y caminos para pasto de los puerco-espines.

—¡Sopla!

—Eso hacen los cochinchinos, con lo cual se ahorran los gastos del entierro. Pero á propósito, los entierros de allí son una cosa muy chistosa y que no debe pasar desapercibida. Para ellos un entierro es un verdadero dia de placer. Colocan al muerto en una caja, la caja sobre unas andas, las andas sobre los hombros de veinte ó treinta personas, y sobre la caja del difunto colocan finalmente una copa llena de agua hasta los bordes que debe llegar al cementerio sin verterse una gota en cuyo caso el entierro se ha hecho con toda la pompa y magestad posibles, premiando á los que han conducido el cadáver por su buen pulso, con una gran cantidad. Para que esto suceda, los sepultureros, como comprendereis, tienen que caminar sumamente despacio, y cuanto mas tarda en llegar el cadáver de la casa mortuoria al cementerio tanto mayor es la solemnidad con que la ceremonia se ha verificado. Cortejo fúnebre hay que tarda siete horas en recorrer un trozo poco mas largo que la calle de la Montera. El cadáver es seguido de todos los parientes que deja en la tierra, quienes llorando á lágrima viva y con el cabello desgreñado, van haciendo al propio tiempo la apología del difunto con frases mas ó menos elocuentes y oportunas.

En el tránsito recuerdan todas sus buenas cualidades, todas sus buenas acciones, todos los trabajos que pasó, y en una palaba hacen su biografía. Enterrado que es el muerto, todos los que componen el cortejo fúnebre (que suelen ser por lo comun todos los habitantes del pueblo), se sientan al rededor deuna gran mesa y celebran un suntuoso banquete, para cuyos gastos se vé precisada la familia del difunto á vender todo lo que tiene por presentar platos en abundancia: de jabalí, búfalo y especialmente de perro. En estos banquetes fúnebres suelen gastarse por término medio, de mil quinientas á dos mil libras de carne. De esta manera celebran las honras de los difuntos.

—V. nos engaña, D. Timoteo, replicó el mas jóven de los estudiantes, que hasta entonces habia permanecido silencioso. ¿Cómo es posible que los cochinchinos celebren con banquetes la muerte de los parientes mas cercanos?

—Os juro, contestó el anciano que en nada de cuanto he dicho os he exajerado, y siento no tener á la mano algun documento que acredite la exactitud de mis palabras.

—Pero ¿cómo es posible?..

—Repito que cuanto os he dicho es la verdad.

—Sí, pero..

—¿Pero qué?

—Que algo habrá V. aumentado.

—Lo que siento es que ya son las doce y media y que mis nietos me estarán todavia esperando, que si no aun habia de referiros algunas cosas mucho mas raras que las que acabo de contaros y de las cuales no podriais menos de sorprenderos.

—Cuéntelas V., D. Timoteo, cuéntelas V.

—No; que es muy tarde y no puedo detenerme un solo instante. Bastante he hecho ya por vosotros esperando á que dieran las doce y media.

—Es cierto, D. Timoteo; en pago le acompañaremos á V. hasta su casa.

—Como querais, hijos mios. ¡Adios Pepe!

—Vayan Vds. con Dios, señoritos.

Y D. Timoteo y los estudiantes salieron del café.

MANUEL TORRIJOS.

CREO EN DIOS.

CUENTO DE COLOR DE ROSA.

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

Rezar llorando y no creer en Dios es una cosa imposible.

Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocedal inmediato la suave voz de Isabel, que cantaba al son de la *pandereta*.

—Ea, hijos mios, á bailar un corro! dijo Agustina á los muchachos, á quienes el gozo tenia aun como embobados

Diego, sonriendo amorosamente, dió un paso hácia *Ascensita é hizo ademan de quitarse la boina*, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinacion de cabeza.

Sabido es que esta es la pantomima de las damas y galanes para convenir en bailar juntos.

—*No dije yo que bailariais como perinolas!* exclamó Agustina.

Treinta minutos despues, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocedal.

Y treinta dias despues se casaban en la iglesia.

VIII

Si las riquezas dieran por sí sola la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años despues de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenia todo su capital se habia rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced á una gran herencia que vino en auxilio de su jefe apenas Ascensita se casó con Diego de Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada á pesar de que era rica y Diego y ella se querian cada vez mas.

Ascensita tenia una hermosa niña de poco mas de un año que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacia muchos dias y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud é inmenso dolor.

Todavía la ponzoñosa planta de la duda conservaba algunas raices en el corazon de Ascensita, á pesar de que parece imposible que en el corazon donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateismo.

Diego y Ascensita y Agustina esperaban con angustia la llegada de uno de los mas afamados médicos de Bilbao, que habian mandado á llamar para que viese á la niña.

El médico tardaba y Ascensita se consumia de impaciencia é incertidumbre.

El médico llegó al fin y examinó atentamente á la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la mas dolorosa inquietud á la pobre madre.

—¿Se salvará la hija de mi corazon? le preguntó llorando Ascensita. Por Dios, hábleme V. con franqueza, que la incertidumbre es mas cruel que la muerte de mi hija!

—Señora, contestó el médico, solo Dios puede salvar á esta niña.

Ascensita cayó sin sentido junto á la cuna donde agonizaba su hija.

Cuando volvió en sí solo Diego estaba á su lado.

La desconsolada madre aplicó el oido á los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aun:

—Diego, exclamó, cuida de la hija de mi alma!

Y bajando precipitadamente la escalera, llegó á este pórtico y cayendo de rodillas ante la Virgen de la Consolacion exclamó desolada:

—¡Vírgen Santísima! ten misericordia de mí! Salva á la hija de mis entrañas! Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme á tus piés, pídele á tu Santo hijo, que la devuelva á la vida como á la doncella de la Galilea!

Una mujer que oraba en un rincon del templo, se levantó llorando á la par de gozo y de dolor, y corrió á estrechar en sus brazos á la desconsolada madre prodigándole el nombre de hija.

Aquella mujer era Agustina, que habia bajado al templo tambien para implorar de la Vírgen la salvacion de la niña.

—Madre! exclamó Ascensita, creo en Dios! creo en Dios y espero en su misericordia!...

—Hija, *ni tú ni yo, ni nadie espera inútilmente en* ella, contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.

Y ambas volvieron á arrodillarse y á orar.

—Y se salvó la niña? pregunté al anciano que me contaba esta historia.

—*Ahí la tiene* V., *me contestó señalando hácia la* puerta de la casa grande, donde apareció una señora jóven aun y hermosa, trayendo de la mano á una niña de ocho años, rubia como el maiz y hermosa como los serafines.

—*Y es su su madre esa señora?*

—Sí, esa es Ascensita, esa es la señora mayordoma perpétua de la Virgen, esa es la mujer mas creyente de la aldea, esa es la madre de los pobres del valle, esa es la mujer mas feliz de la tierra.

La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita, se arrodillaron ambas ante el altar de la Virgen.

IX.

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomé el camino de mi aldea.

La imágen de todos aquellos amigos de mi infancia que dormian ya el sueño eterno á la sombra de los árboles que rodean el templo donde pos primera vez levanté la voz y el corazon á Dios, volvió á aparecer ante mis ojos; que mas de una vez, como entonces, al tocar el sol en el ocaso, tomé con ellos aquel mismo camino volviendo de la fiesta de la Consolacion todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las hondas meditaciones que agitabau mi alma al volver á los valles nativos.

Procuré echar de mi imaginacion estas á la par dulces y amargas memorias y pensé en la consoladora y suave y fresca y tierna narracion del anciano.

No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu al perderme en los rebollares, oscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde á su vez se perdía el camino de mi aldea.

Tan abstraido caminaba yo en mis indefinibles pensamientos, que no sentí á un niño como de doce años, que caminaba tras de mí, hasta que me alcanzó y me saludó respetuosamente.

El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubria mi aldea y de donde partia el camino que conducia á la suya, mucho mas distante que la mia.

—Te vá á anochecer, le dije, mucho antes de llegar á á casa.

—Sí, señor, lo menos una hora antes, me contestó.

—Y no te dá miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?

—No señor, porque diciendo uno de cuando en cuando

«Jesús María y José,
las cosas que un hombre vé!»

no salen espantos ni nadie se mete con uno.

—¿Es decir que tú con decir eso, te crees tan seguro y vas tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?

—Y mas aun, que con Dios nadie puede y con los hombres sí.

—¡Señor, exclamé desde el fondo de mi corazon, conservad siempre la fé en el alma de este niño, porque la fé es la felicidad en la tierra y en el cielo!

El niño y yo constinuamos nuestro camino, conversando animadamente.

Nos acercábamos ya á la cumbre, y al dirijir la vista al ocaso, le vi velado por una nube negra, que iluminó débilmente un relámpago, al que, siguió un sordo, lejano y prolongado ruido, que me pareció el del trueno.

—Creo que esta noche vamos á tener tempestad, dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproximarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.

—De seguro me coje antes de llegar á casa.

—¿Y no te asustan las tempestades?

—No señor: todo es ponerse uno como una sopa.

© Biblioteca Nacional de España

—O que le parta á uno un rayo.
—Lo que es de eso no tengo yo miedo.
—¿Por qué?
—Porque en diciendo:

«Santa Bárbara bendita
en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita.»

no hay miedo de que le alcance á uno ningun rayo ni centella.

Nuevamente envidié la fé del niño y pedí mentalmente á *Dios que conservase la que ha sobrevivido á* tantos años y tantos infortunios en mi alma.

El niño tomó cantando alegremente el camino de su aldea y yo descubrí el campanario de la mia.

En aquel instante tocaron á la oracion las campanas de la iglesia donde duermen el sueño eterno todos aquellos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar el valle nativo.

Y entonces me arrodillé y recé, y pensé en Dios y en los muertos, y al dirijir la vista al valle que se estendia á mis piés tranquilo y hermoso, y al mar que se estendia á lo lejos infinito y terrible, ámbos iluminados pôr los últimos fulgores del crepúsculo, ví vagando en el valle á mis amigos muertos y en el mar á Dios, unos para consuelo del hombre, y el otro para el consuelo del cristiano.

—¡Señor! desventurado es el autor de los *Cuentos de color de rosa*; pero sufrirá resignado su desventura mientras el título de este cuento sea el eco de su corazon!

FIN DEL CUENTO.

LEYENDA FANTASTICA,

POR

DON VICENTE RUBIO Y DIAZ.

(Continuacion.)

III.

Largas, eternas me parecieron las horas pasadas en aquella oscuridad.

Los rayos de la aurora vinieron á iluminar mi prision.

Tendí la vista y observé que *la luz penetraba* por una claraboya practicada en el techo, cubierta con una fuerte reja de hierro y á mas de quince piés del suelo.

Se habian tomado todas las precauciones para evitar mi fuga.

En el aposento no habia mas que unas cuantas sillas desvencijadas, un sofá viejo, y una mesilla de muy mal aspecto sobre la cual habia ardido la luz.

Con impaciencia y temor esperaba la hora en que mi carcelero volviese.

El narcótico no debia producir su efecto hasta las dos de la madrugada. Tenia, por consiguiente, muchas horas de estar despierto, si antes el cansancio, la fatiga, y el insomnio de la noche anterior, no vencian la exaltacion que me impedia reconciliar el sueño.

Temblaba al acordarme de la hora fatal en que aquel, bien á mi pesar, me entregase en manos del viejo egoista, como un instrumento de su gloria.

Allí, en aquel encierro, comprendí todo lo que valia la libertad, por ella hubiese dado la gloria que tanto ambicionaba. ¡Y pensar que nunca iba á salir de la maldita prision!..

No hay nada mas desgarrador que perder la esperanza de cualquier deseo; ¿pero á qué grado no llega el tormento de verse esclavo, juguete de un miserable, sin esperanzas de poder libertarse de su tirania?...

Y *no* habia remedio posible! La fuga era una locura, y el narcótico tomado sin intervenir mi voluntad, me encadenaba á la del viejecillo, sin oponer la menor resistencia!

Recordé entonces aquella sublime frase del gran poeta italiano:

«¡Lasciate ogni speranza, voi chi entrate!»

y creo que empecé á sentir los crueles tormentos que deben sufrirse en la morada infernal.

. . . . . .

Un ligerisimo ruido producido por un papel que meciéndose en el espacio, cayó desde la claraboya al suelo, me sacó de la meditacion en que estaba.

Ansioso le cojí y en unos caractéres que debieron trazarse *con* mano trémula, leí con afan, las siguientes *líneas*:

«Sois el cuarto que ha venido á esta mansion y no ha salido. Los otros tres han muerto al llegar al sesto grado de *espiritualizacion*.»

«Si antes de obrar el narcótico que os han administrado no habeis huido, estais prisionero para siempre. En el primer sueño, esta noche, os debilitarán de tal manera que quedareis imposibilitado para acometer ninguna accion valerosa. Despues cada vez seguireis mas espiritualizado, pues asi es como el alma se inspira.»

«Yo estoy en el cuarto grado, sometida completamente á la voluntad de nuestro carcelero; aunque tiene gran confianza en mi.»

«Tened mucho cuidado en no tomar ningun alimento ni bebida.»

«Esperad en Dios, y atended el menor ruido; pues con *su ayuda me propongo salvaros. Adelina.*»

Mil veces leí este misterioso escrito, único consuelo, única esperanza que me quedaba.

Era evidente que en el sistema del repugnante viejecillo, entraba la debilitacion del cuerpo para exaltar las facultades inspiratorias del alma, que sus promesas eran un engaño; pues yo iba á convertirme en un instrumento necesario para sus estudios, sin alcanzar la mas débil aura de gloria

Todas estas ideas acorrian á mi mente y *me hacian* odiarle mas y mas. Creo que á tenerle al alcance de mi brazo, le hubiera destrozado sin la menor piedad.

Una tosesilla seca y la aproximacion de las pisadas de una persona que oí, me hicieron aproximar á la puerta *del aposento.*

—Vamos, hijito, ¿qué tal noche has pasado? Tienes ganas de almorzar? Pide lo que apetezcas, pues no quiero que carezcas de nada.

Estas palabras las decia muy cercano á la puerta y por la parte exterior.

Yo no le contesté, pues aunque tenia los labios y la boca ardiendo de sed, me acordaba de la prevencion que me habian hecho.

—¿Quieres oir la música del difunto?

Yo me retorcia las manos y me las mordia de coraje al ver mi impotencia, mi nulidad para salvar aquella barrera que me separaba solamente un pie del odiado viejecillo. Pero tuve bastante fuerza de voluntad para no contestarle y prosiguió.

—¡Vaya! ¿no contestas?... ¿No deseas alguna cosa?... *si tienes hambre ó sed, dilo, que se te servirá. Aquí se* trata muy bien á los amigos.

—De ahogarte entre mis manos, es de lo que tengo sed y hambre! Dije sin poder contener mas mi reconcentrado furor.

—No, *no* lo *harás*, no lo puedes hacer; porque no pienso entrar ahi, hasta que hayas perdido el conocimiento. Mi brevaje es infalible, y aunque me le hiciste beber á la vez que tú, tomé el contra-narcótico que poseo y estoy libre de su accion. Deseo que llegue la hora, para ver que tal te conduces. Tu antecesor, el *difunto*, era un chico muy aficionado y se inspiró magníficamente. Le hacia beber durante el sueño, un licor compuesto con la sangre del que le habia precedido, y esto aceleró mucho su *espiritualizacion*. Lo mismo haré contigo, pues tengo preparada la bebida *escitadora* con la sangre aun caliente del último, que murió en un exceso de inspiracion.

—¡Cobarde, asesino! exclamé dando fuertes golpes en la fatal puerta que nos separaba.

—¡Así, así me gusta! Tú debes inspirarte y darme el *canto guerrero que me hace falta para mi obra. Me* parece tan largo el tiempo.... Pienso que llegues hasta el *último grado* de inspiracion, y sin que dejes de vivir como Augusto, que era una joya.

Estas palabras me hicieron recordar la desaparicion de un jóven de este nombre, que habia yo oido referir en la ciudad.

—¡Con que tú, infame, has puesto tu sacrilega mano sobre la obra mas perfecta del Creador, y la has privado de la vida para tus inicuas experiencias?

—No: yo no: ha sido el fuego de la inspiracion. Era un génio que me sirvió para escribir uno de los trozos mas bellos de mi gran obra. Si hubiera vivido un año mas, se hubiera concluido y yo seria el hombre mas rico y famoso del mundo.... pero, creo que tú me servirás lo mismo, ó mejor.

—Primero me suicidaré!

—¡Vaya, no digas tonterias! Que no sea como Felipe, el que precedió á Augusto, que tuve que atarle las manos y los pies, hasta que llegó al *quinto grado*, en el que se pierde la fuerza de todos los músculos.

—*Verdugo! ¿asi martirizas á tus semejantes? Si pudiera* abrir esta infernal puerta, me pareceria poco el beber tu sangre!

—No, no la abrirás. Cuando Antonio que era mucho mas robusto que tú, quiso un dia forzarla, se rompió las muñecas, se hizo sangre y se tiró desesperado contra las losas, con intencion de aplastarse la cabeza; pero era una naturaleza hercúlea y únicamente consiguió el abrirse el cráneo y perder el sentido. Como entiendo algo de medicina, le curé y aproveché el desmayo para darle un licor calmante y un brevaje especial que tengo para estos casos; de manera que cuando volvió en si estaba mas suave que la seda! Hubiera sido una lástima perderle sin aprovechar su índole fiera, casi selvática. Figúrate un moceton de cara morena, ojos negros y musculatura de hierro! Por eso le escojí... Tenia necesidad de un canto de bravura, y en cuanto entró en *sonambulismo músico*, se inspiró con una música perfectamente salvage. ¡Qué lástima haber perdido una complexion tan buena!... Porque es muy difícil encontrar un hombre que tenga rasgos tan fieros como aquel. Ya, *ya oirás su última composicion y estoy seguro que ha de* hacerte un efecto prodigioso... Pero á todo esto, no has comido nada y debes tener necesidad. Es necesario hacer por la vida, porque si no mi obra se quedará sin concluir.

—¡Maldita de Dios sea tu obra!

Me tapé los oidos, separándome de la puerta, por no oir mas crueldades y no sé lo que seguiria diciendo. Al cabo de un rato separé mis manos de ellos y nada se escuchaba.

El maldito viejo se habia marchado.

Entonces saqué el papel misterioso que habia recibido y que guardaba cuidadosamente, y volví á leer:

«Esperad en Dios y atended el menor ruido, pues con su ayuda me propongo salvaros. *Adelina.*»

Estas palabras eran el bálsamo consolador de las angustias que *sentia en mi pecho. Eran la felicidad* y la vida...

Aquella beldad misteriosa, pálida y triste, se interesaba por mi suerte. ¿Era el amor ó la compasion lo que la impulsaba á dar un paso que debia comprometerla en sumo grado?...

Una idea triste vino á herir mi imaginacion.

¿Los demás que habian sido víctimas del malvado se habia intentado salvarlos?... En este caso ¿se frustraria el *conato de libertad*, pasando las veinte y cuatro horas únicas en que esto era posible?

¿Era acaso que aquellos infelices no probaron ni el consuelo de tener una persona que se interesara por su desventura?

Agitado con estas ideas pasé la mañana.

El sol empezaba á declinar. Haria unas veinte y cuatro horas que no tomaba alimento; me sentia débil, y una sed abrasadora me acosaba.

Recorria mi reducida prision á grandes pasos, parándome de vez en cuando, torturado por alguno de los tristes pensamientos que me asaltaban.

Casualmente alcé la cabeza y ví asomado á la reja que cerraba la claraboya, la cabeza repugnante del viejecillo, el cual al apercibirse de que habia sido visto por mí, exclamó.

—Estoy aquí observándote hace rato. ¿Qué tal se ha pasado el dia?... Ya faltan pocas horas para que duermas... pero antes voy á echarte alimentos y agua, para que satisfagas el hambre y la sed que debes tener. Yo no quiero que nadie padezca por mi causa.

En efecto, con un cordon me echó un frasco con agua y en un recipiente de hojalata, no sé qué alimentos.

—Ahora, continuó, voy á ver si escribo algo sobre el nuevo sistema de signos músicos.

Nada contesté, y desapareció.

Entonces una lucha horrible se despertó entre el espíritu y el cuerpo. La sed me abrasaba; pero no debia tomar nada, segun me ordenaban en el billete misterioso! Porque si en aquel agua, que tanto ansiaba, habia alguna sustancia que me hiciera perder las fuerzas antes que el narcótico obrase, ¿no era seguro el triunfo del malvado, y la pérdida de mi libertad para siempre?

No, no beberia, no debia beber...

Pero las horas se pasaban y con ellas crecia la sed devoradora... hubo un momento en que venciendo la necesidad á la razon, cojí el frasco que contenia el precioso líquido y le toqué con mis labios... aspiré un sorbo... pero la razon triunfó y arrojé el cacharro al suelo con la mayor desesperacion!

El ansiado liquido se estendió en el pavimento, que lo absorbió... yo contemplé estático perderse hasta la *última gota!*...

Entre tanto la noche habia llegado y sus negras sombras aumentaban los temores de mi espíritu.

En el silencio que reinaba, un sonido débil y lejano llamó mi atencion. Una voz de mujer pura, argentina, entonaba una especie de balada melancólica. Era la misma que habia yo escuchado, cuando me creia tocar la felicidad!...

Por un momento lo olvidé todo, mi desgracia, mi negro porvenir: no sentia mas que la encantadora melodia, que débilmente llegaba á mis oidos, y que entonaba aquella hermosísima jóven que me ofrecia una esperanza de libertad.

¡Ah, cuánto la amaba!... hubiera dado mil vidas por la suya.

El canto cesó y todo volvió á quedar en silencio...

La noche avanzaba y los rayos luminosos de la luna penetraban por el tragaluz, iluminando débilmente mi reducida prision...

¿Podria mi ángel salvador burlar la vigilancia de nuestro carcelero?

La duda y *el desfallecimiento se aumentaban á la* vez que me acercaba á la hora temida y anhelada...

La voz del maldito vino por tercera vez á sacarme de mis reflexiones. La silueta de su repugnante cabeza se destacaba asomada á los hierros de la claraboya.

—¿Estás despierto? No faltan mas que dos horas... Ya estoy preparándote el *licor sangriento* y los útiles para aprovechar tu sueño. Ya verás mañana como no tienes los brios que hoy. Pasado te entrará la *fiebre música* y harás tu *debut*.... hasta que llegues, siempre creciendo, hasta el periodo de la *alta fiebre*, en que no necesitarás tomar nada para inspirarte, concluyendo con la *fiebre delirante* que es el máximo de lucidez filarmónica. ¿Qué te parece?... No contestas? ¿Te haces el dormido á ver si entro?... No, no entraré hasta que se cumplan las veinte y cuatro horas. Mi brevaje es infalible y estarás dormido.

Yo temblaba y no me atrevia á contestar.

Mi salvadora, sin duda le era imposible conseguir mi libertad. Yo iba á ser martirizado é inmolado al *capricho de aquel perverso.*

Mis ideas empezaron á confundirse y una ráfaga de sangre y muerte pasó por mi imaginacion.

Entonces tuve un momento de debilidad y caí de rodillas suplicante, bajo la bóveda en que aparecia la fisonomía siniestra del viejecillo.

Le supliqué, le lloré, le pedí por Dios, por su vida, por su familia que me dejara libre. Le hablé de mi infeliz madre que lloraria eternamente la pérdida misteriosa de su hijo. Le recordé los preceptos de nuestra religion, de los crueles castigos que Dios impone al homicida, del sacrilegio que cometia esplotando la vida del hombre, de su semejante, en su objeto puramente sensual. En mi arrebato hasta le espliqué las penas que el código marcaba á semejantes delitos, y el suplicio que le esperaba si la autoridad llegaba á saber los crímenes *espantosos que habia cometido.* Todo esto y mucho mas que no recuerdo le argüí, le supliqué.

© Biblioteca Nacional de España

—Creo, me dijo por toda respuesta, que he hecho una gran adquisicion; el dia que te inspires dejarás eclipsada la gloria que me han legado tus predecesores, pues tienes gran *poder espiritual*.

Me levanté indignado de ver tanta maldad, tanta *insensibilidad* y le dije:

—Miserable!... nunca podrás alcanzar esa gloria que tanto ambicionas, por que es hija del crimen y como tal maldita de Dios!

El viejecillo siguió pronunciando palabras que yo no escuché, y desapareció del tragaluz.

Todo volvió á quedar en profundo silencio.

(Se continuará.)

SI YO FUERA REY! ZARZUELA EN TRES ACTOS.

Desde luego se comprende por el título de esta zarzuela que hay en ella uno que desea ser rey: nosotros creemos mas todavía, y es que todos los demás personages desearian otro tanto, ni mas ni menos que cuantos andan por el mundo, por mas que no todos lo digan; porque aunque haya ciertos filósofos que pretendan ponderarnos lo mucho que pesa una corona, á nosotros se nos ha figurado siempre que ha de pesar mas el fusil de un soldado ó la hazada de un peon de labranza, y eso que para soportar una y otra no dan grandes fuerzas el rancho ni el gazpacho.

De esto deducimos que los tales filósofos no dicen lo que sienten ó no saben lo que dicen, que es poco mas ó menos lo mismo que acontece á las dos terceras partes de los que han escrito ó escriben para el público.

Pero volvamos á nuestra zarzuela, de la cual no hemos hecho conocer todavía mas que el título.

En un pueblecillo de la costa de Toscana habitaba un pescador llamado Genaro, el cual, muy niño aún, habia sido recogido por unas pobres gentes que le hallaron expuesto á la puerta de su choza. Creció el tal, murieron sus padres adoptivos, y él se dedicó al dicho oficio, guardando en su compañía á la jóven Rosina, hija de aquellos, á la cual galanteaba con mediano éxito un mozo llamado Timbal, repostero del gran duque.

Genaro hacia tiempo que andaba triste y melancólico; era huraño é insociable; por estas señas se vió que estaba enamorado. ¿Pero de quién? Eso es lo que vamos á decir.

Algun tiempo antes, una dama, al parecer ilustre, haciendo una escursion solitaria y romántica por las peñas de aquella costa, habia caido al mar. Teníase ya por muerta, cuando un pescador se arrojó al agua y la salvó. Ella, en su angustia, no pudo reconocerlo bien, pero le dió una cruz que llevaba al cuello. No hay que decir que el pescador era Genaro, ni que, como era consiguiente, el tal se enamorase de su pesca, á la que no habia vuelto á ver desde entonces.

Ahora bien, la dama zambullida era ni mas ni menos que la princesa Leonor, sobrina y heredera del gran duque de Toscana, á la que pretendia para esposa el viejo marqués de Pádua, ministro y favorito del señor de aquel estado, si bien ella no le aceptaba, así por las canas y alifafes del pretendiente, como porque tambien se habia enamorado perdidamente de su salvador, por mas que no le hubiese visto á derechas.

Al llegar aquí nuestros lectores de seguro se habrán hecho la siguiente reflexion: si la tal dama tanto ansiaba conocer á Genaro, si habia en ello hasta un deber de gratitud, ¿tenia mas que enviar á tomar informes al pueblo, toda vez que ella lo conocia? Esto se le habria ocurrido á cualquiera, pero entonces no hubiera habido argumento; lo cual, si no es razon bastante para nosotros, es razon sobrada para el autor.

El gran duque, que es un viejo verde y alegrote y que ha sido gran calavera en su juventud, necesita emociones, y el marqués de Pádua, que por lo visto entre los negociados de su ministerio tiene tambien el de las emociones de su augusto amo, con el fin de proporcionárselas pone los ojos en Rosina, la hermana adoptiva del pescador, y vá á buscarla con objeto de entablar el nuevo espediente. Como ya se conocen, se hablan con cierta confianza, y ella, aunque sin venir á cuento, refiere al marqués el lance de la pesca de la incógnita dama y el amor extravagante de su hermano, pero al llegar al verdadero objeto de la conversacion, Rosina rechaza indignada las proposiciones ministeriales, con gran placer de Timbal, que todo lo oye escondido.

En esto, creyendo ya madura la breva, llega el gran duque con su sobrina, quien se sobrecoge al ver á Genaro, y le pregunta si la ha visto alguna vez antes de aquel momento; él, anonadado al considerar que es una princesa á la que ama, niega haberla visto jamás, y una vez ida Leonor, Genaro se lamenta consigo mismo de no ser rey, y se duerme con aquella especie de pesadilla.

El gran duque, seguido del ministro y de los cortesanos, quiere penetrar en la choza de Rosina, mas al hacerlo vé á Genaro que duerme junto á la puerta, y que repite entre sueños: «Si yo fuera rey.» —«Pues que lo sea de broma,» exclama el gran duque saca un pomito, lo aplica á la nariz del pescador, y lo deja cloroformizado. Tómanle á hombros, lo llevan á palacio, le visten galas, y al despertar se encuentra rey, con grandísimo asombro suyo.

Aquí se preguntarán unos á otros los lectores y los espectadores: «¿Cómo pudo Genaro creerse que era rey, cuando su soberano, cuyo lugar ocupaba, no era mas que gran duque?» A eso responderemos nosotros: «Ahí verán ustedes.»

Entre tanto el viejo ministro, instruido del lance de la pesca con todos sus pormenores y consecuencias, ha quitado á Genaro durante su cloroformizacion la cruz que lleva al cuello y que desde luego supone fundadamente estar relacionada con aquel acontecimiento. Con estas pruebas declara á la princesa haber sido él su salvador; cosa que ella siente en el alma, porque la obliga á premiar este servicio con su mano.

Y nosotros añadimos, que si Leonor hubiera tenido sentido comun, del que carecen todos los personages de la zarzuela, no habria dudado en calificar de impostura la manifestacion del marqués, toda vez que no pudo haber razon alguna *en él para ocultar hasta entonces este rasgo de heroismo*, del cual era objeto una mujer cuya mano hacia tiempo que pretendia.

No hay para qué decir que Genaro, al verse rey, lo primero que quiere es casarse á toda prisa con Leonor, pero ella, que no cree ya deberle obligacion ninguna, y que sabe que es solo un rey de burlas, se contenta con compadecerle y afea á los demás el que usen con él tan pesada broma.

Durante su efímero reinado, recibe un anónimo en el que se le dice que los ingleses, en virtud de anterior convenio, van á embarcar en sus buques gran parte de las tropas de aquel su estado, para dejar desguarnecidas las costas y apoderarse de ellas. En su virtud, y sin que nadie lo sepa, ordena que se suspenda la partida de las dichas tropas. Este rasgo de gobierno es el que mas tarde hace la fortuna del pescador, porque ante la actitud guerrera de la Toscana, la poderosa Albion avergonzada retrocede, y se salva el país.

Genaro, despues de no haber conseguido lo que se prometió de su trono, es cloroformizado de nuevo y vuelto á su cabaña, á la que acuden á poco el gran duque, Leonor, el ministro y toda la corte, porque la zarzuela se hace larga, y es menester concluirla de cualquier modo. En efecto, gracias al manoseado resorte de las dos mitades de una moneda, el gran duque reconoce en el pescador á uno de sus hijos volanderos, fruto de sus calaveradas de otra época; la princesa, sin saberse por qué, se convence de que aquel pescador fué quien la sacó á flote, y como ha prestado un gran servicio, se le casa con su amada y se da fin á la zarzuela.

Esta, para no ser menos que casi todas las otras que se ponen en escena, es una traduccion de una ópera francesa, de la cual hasta se la ha conservado el título, y así no hay siquiera que calentarse la cabeza en buscarle otro.

Como no somos nada peritos en música, y como no estamos acostumbrados á oir la de este autor, no nos atrevemos á decir nada acerca del mérito que puede tener. De eso podrán hablar los inteligentes.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

En un periódico de Madrid leemos el siguiente párrafo que transcribimos con mucho gusto por ser muy exacto todo cuanto en él se dice.

«No todos los trages que se llevaron al baile de la señora duquesa de Fernan-Nuñez fueron hechos en el extranjero, como de público se ha dicho. Nosotros sabemos que junto á los mas elegantes arreglados en París, han lucido y no menos que aquellos muchos hechos en Madrid, y entre otros los de las señoras duquesa de Noblejas, marquesa de Santa Marca, condesa de Superunda, las hija y sobrina del general Narvaez, señoritas del Salar y Liñan, vestidas por la elegante modista Mad. Lafon, que indisputablemente es la reina de la moda en nuestra córte. La verdad en su lugar.»

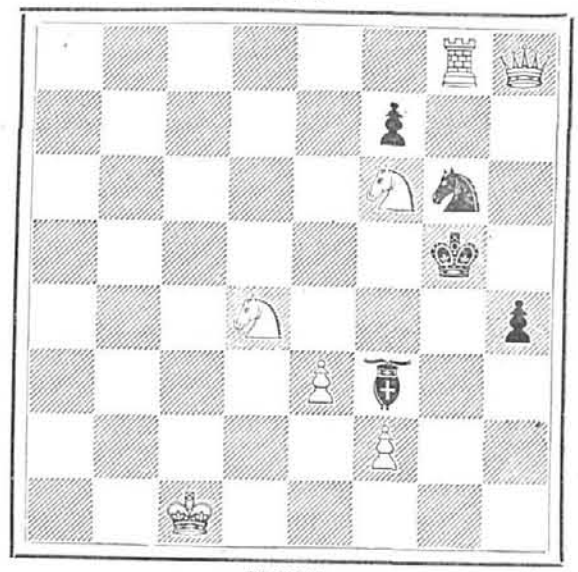
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 6.

1	R 4ª R	2	Rª 3ª CRª
	R 5ª TRª		R 6ª TRª
3	Rª 8ª CRª	4	Rª 5ª CRª jaque y mate.
	R 5ª TRª		

PROBLEMA N.º 7, POR M. HERR KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE POPELINA GRIS, guarnecido por un volante encañonado de pliegues muy anchos, que tenga 12 centímetros de alto. Encima de este volante van colocados 12 rulós (ó gruesos cordones) de terciopelo verde; las mangas, que señalan el codo, están guarnecidas por su borde con cinco rulós semejantes á los ya dichos: otros tres figuran una especie de hombrera junto á la sisa. En el corpiño, liso, montante y cerrado con botones negros, se ven cinco rulós colocados encima del cinturon de terciopelo verde, y que llegan por un lado y otro hasta la costura de debajo del brazo. Sombrero de crespon verde de China, orillado con bullones y adornado de rosas cubiertas de musgo.

TRAGE DE ALPACA COLOR MAHON. El delantero de la enagua tiene un bordado en forma de delantal, hecho con trencilla y esterilla; el corpiño, plano, vá bordado por delante del mismo modo, así como la costura de las mangas, en las cuales el bordado se vá estrechando hasta la sisa. El cinturon, del mismo color que el trage, vá bordado igualmente con trencilla. Redecilla de terciopelo negro, guarnecida de encage blanco y de cintas de terciopelo azul Méjico.

LOGOGRIFO.

Es la palabra que os doy,
formada de nueve letras,
nombre de un antiguo reino
al que hizo famoso en guerras
un rey suyo, cuya gloria
el tiempo guarda y respeta.
Si las nueve combinais,
hallareis voces diversas,
que por menudo contadas
bien llegarán á sesenta.
Un célebre patriarca,
un animal, cuando es hembra,
un signo de ortografía,
un género en la poética,
un numeral, una diosa,
una dignidad de América,
una especie de locura,
cosa que hay bajo de tierra,
ciudad del suelo andaluz,
una muy notable piedra,
de la música dos signos,
una ciudad de Valencia,
otra de la Arabia, un mueble,
la que en el vestir impera,
cosa que no hace el que ayuna,
feo animal, idem fea,
cosa que hay en toda boca,
lo que se pone en las piernas,
una droga, un buque, un tonto,
magnate de un rey de Persia,
una antigua monarquía
del Asia, el natural de ella,
un preceptor de latin,
tres nombres propios de hembra,
parte del cuerpo del hombre,
parte del cuerpo de bestia,
una dignidad civil,
una dignidad de iglesia,
un lisiado, una lisiada,
un animal que es estrella,
nombre propio ya no usado,
lo que cobardía muestra,
un sobrenombre de Júpiter,
una mujer de quien cuentan
que este fué amante, valiéndose
de un medio que aun hoy se emplea,
una tribu de Israel,
lo mismo que dueño y dueña,
un pelo que nadie quiere,
lo que el ambicioso anhela,
dos aves, ámbas acuáticas
y que mucho se asemejan,
un fratricida, una cumbre,
de cierto juego una pieza,
parte del tiempo, un regalo,
donde el pollo el pelo deja,
un rio del Asia, un monte
allá en la troyana tierra,
dos negaciones, aquello
que del hombre al morir queda
y aquí quedo yo tambien
aunque no agoto la veta,
que si lo habeis de acertar
sobrado hay ya con las puestas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España